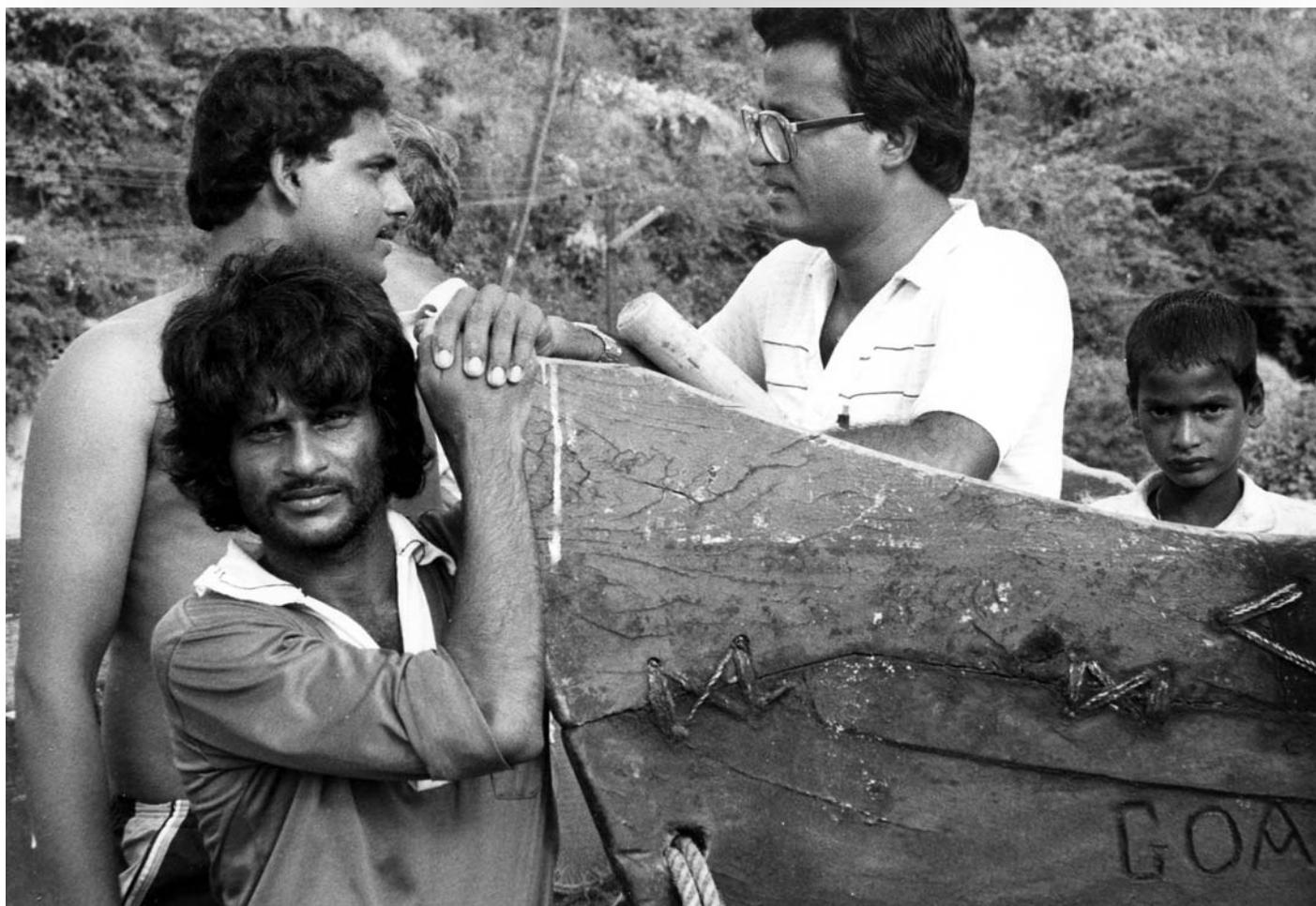


Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 5

Los caminos de la Misión



Tema 3

EL PRIMER ANUNCIO
DE CRISTO SALVADOR

PRESENTACIÓN

Hemos abordado ya el tema del testimonio. Sabemos que no es posible ser evangelizadores sin ser testigos, sin vivir y sufrir en Cristo. *“Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido”* (EN 41). Pero, aun reconociendo la importancia primordial del testimonio, no podemos desconocer la necesidad del anuncio explícito: *“No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”* (EN 22). Anunciar que Jesucristo murió y resucitó es una prioridad permanente en la misión de la Iglesia. Los hombres y mujeres que reciben el don de la fe, no pueden sustraerse a comunicar el hecho que ha cambiado el sentido de su vida, el evento pascual que ha cambiado el rumbo de la historia.

Los evangelios sinópticos nos transmiten lo que se ha dado en llamar “el mandato misionero”: *“Id a todo el mundo y anunciad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará”* (Mc 16,15-16). Todo esto empuja a cada cristiano a anunciar aquello en que cree con la particularidad de que el anuncio debe llegar a todos los hombres sin distinción de raza, lengua o nación.

San Pablo se plantea una serie de interrogantes en su carta a los Romanos: *“Pero ¿cómo invocarán al Señor sin haber creído en Él? Y ¿cómo podrán creer si non han oído hablar de Él? Y ¿cómo oirán si no hay quien lo proclame?”* (Rm 10,14-15). El Papa Juan Pablo II nos dice en la Encíclica *Redemptoris missio* que los hombres tienen el derecho a que les sea anunciado el evangelio (cf. RM 8 y 11). Si los hombres que todavía no han recibido el primer anuncio tienen el derecho de recibirlo, los creyentes tienen la obligación de poner todos los medios para que este derecho sea satisfecho. Los cristianos no podemos eludir la responsabilidad que hemos contraído por el bautismo.

La misma alegría de creer nos empuja a anunciar que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres sin distinción. Esta salvación es un don del Padre, que nace de su amor por todos y cada uno de sus hijos. Hoy día algunos piensan que no hay que molestar a la gente que está bien y a gusto con su propia religión. En cambio, los misioneros saben por experiencia que la fe sigue siendo un acontecimiento gozoso para quien la recibe y que no podemos privar de este gozo a quienes lo esperan.

Desde la realidad

Parece mentira, pero pasados 2.000 años, todavía son millones las personas que no han oído hablar de Jesucristo o que tan sólo tienen un conocimiento muy vago, cuando no deformado, de su figura y de su mensaje vivificador. No sólo en las llamadas tierras de misión, también en nuestra vieja Europa (cf. EEu 46-47). Así pues, el anuncio explícito de Cristo sigue siendo necesario y urgente (cf. RM 44). Conocerle a Él y su “Evangelio” es un derecho de todas las personas; anunciarlo, una exigencia de todo bautizado. No puede haber fe sin anuncio.

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. Los porqués del anuncio

Dónde se fundamenta la necesidad de anunciar a Jesucristo hoy? ¿Qué motivaciones tenemos para sentir el más profundo deseo y el mayor interés por llevar a cabo ese anuncio?

– **Una razón existencial.** La primera motivación nace de una experiencia vivida. ¿Cómo no estar interesado en hacer partícipes a los demás del tesoro más rico y de la perla más preciosa que se ha recibido gratuitamente? ¿Cómo no preocuparse de comunicar a otros la Buena Nueva de la Salvación de Dios, si ya se ha saboreado? Dicho más concretamente, cuando se ha vivenciado que la salvación tiene un nombre y se llama “Jesucristo”, ¿cómo no anunciarlo en todo momento? *“No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que podamos salvarnos”* (Hch 4,12). En Jesús se nos ha revelado Dios como Padre. Un Dios que es amor, ternura y compasión. Jesucristo es Camino, Verdad plena y Vida definitiva. ¿Cómo ocultarlo? ¿Cómo callarse cuando se presente la oportunidad de darlo a conocer?

– **La atención a la persona de Jesús.** Otra razón es contemplar qué hace Jesús: Él reconoce y proclama que ha sido enviado para anunciar: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos...”* (Lc 4,18-19; Mc 1,15.38). Jesús no sólo anuncia la Buena Nueva, sino que declara que es testigo de lo que ha visto y oído (Jn 3,11; 8,14); y ante Pilatos confirma que ha venido para dar testimonio de la verdad (Jn 18,37). ¿Cómo no hacer lo mismo sus seguidores?

– **El mandato misionero.** Una tercera razón para anunciar el Evangelio se apoya en el mandato misionero por el que Jesús urge a sus discípulos a anun-

ciar “todo lo que Él les ha enseñado”. No es algo opcional. Todos los evangelios concluyen la narración de los encuentros con el resucitado presentando este mandato (cf. Mt 28,18-20; Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23 y Hch 1,8). En todas las formas del mandato aparece la dimensión universal del anuncio, es decir, está dirigido a todas las gentes. Jesús además promete que los acompañará en las tareas del anuncio de la Palabra para que no desfallezcan.

El mandato del Señor es explícito: *“Predicad el Evangelio”* (Mc 16,15), y no se puede reducir al solo testimonio. La Palabra de Dios debe ser oída y comprendida por los hombres (cf. Hch 4,20; 9,27). Es tan importante la proclamación de la Buena Noticia, que San Pablo llega a afirmar: *“No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo”* (1 Co 1,17). Quien ha tenido experiencia del acontecimiento cristiano deberá proclamarlo como el Apóstol de los gentiles: *“Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!”* (1 Co 9,16).

– **La presencia del Espíritu Santo.** En cuarto lugar, la exigencia de anunciar proviene del impulso del Espíritu Santo. Ese don confiere a los primeros discípulos una fuerza y un dinamismo inusitados. Los Hechos de los Apóstoles narran que, antes de Pentecostés, los discípulos se encontraban reunidos en el cenáculo, tímidos y con mucho miedo. Con la irrupción del Espíritu Santo se produce el gran cambio: *“Solamente después de la venida del Espíritu Santo salen hacia todas partes del mundo para comenzar la gran obra de la evangelización...”* (EN 75). Ellos se sienten empujados a proclamar el Evangelio sin miedo a las consecuencias.

II. Algunas palabras clave

Una manera de entender mejor el significado del primer anuncio de Cristo Salvador consiste en fijarse en algunas palabras que se repiten en los escritos del Nuevo Testamento.

Una de ellas, a la que se ha hecho referencia en el tema anterior, es “**martyreîn**”, dar testimonio. De ahí viene la palabra *mártir*. Los testigos no anuncian un mensaje abstracto, sino una experiencia de vida, como nos dice San Juan en su evangelio: “*Damos testimonio de lo que hemos visto*” (Jn 3,11). Jesús envió a los apóstoles para que fueran al mundo entero como testigos (Hch 1,8). Así, Pablo dice en Mileto: “*Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal que lleve a término mi carrera y el ministerio que he recibido del Señor Jesús: dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios*” (Hch 20,24). El anuncio del Evangelio debe estar acompañado por el testimonio de una vida auténticamente cristiana, “*entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir, y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites*” (EN 41).

Otra palabra clave, que adquiere un sentido muy técnico en el Nuevo Testamento, es “**transmitir**”: “*Porque os he transmitido esto, tal como yo mismo lo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día...*” (1 Co 15,3-4). En la Iglesia de Corinto, donde había muchas facciones o grupos partidarios –unos de Pablo, otros de Cefas, otros de Apolo–, el

Apóstol de las gentes pone todo el énfasis al decir que él transmite lo que ha recibido.

El término “**evangelizar**”, o anunciar la Buena Nueva, es muy importante en el Nuevo Testamento. Esta palabra aparece ya en el Antiguo Testamento con una connotación misionera y universalista: “*El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran*” (cf. Sal 96,1-4; Is 52,7 y 61,1-2). Esta palabra tiene de particular el hecho de que Jesús se la aplicó a sí mismo en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18ss). La proclamación del Evangelio no es una opción para la Iglesia, sino un deber.

También encontramos en el Nuevo Testamento otra palabra clave para explicar la proclamación misionera, “**kerygma**”. Esta palabra pasa a significar el primer anuncio, el núcleo del Evangelio, esto es: que Cristo ha muerto y ha resucitado, la invitación a la fe en Cristo Jesús, la llamada a la conversión, el perdón de los pecados y el bautismo, la exaltación de Jesús como Juez de vivos y muertos. “*En la compleja realidad de la misión, el primer anuncio tiene una función central e insustituible porque introduce en el misterio del amor de Dios [...] y abre la vía para la salvación*” (RM 44).

III. Presupuestos y características del anuncio

De lo visto hasta ahora, tanto en el tema anterior sobre el Testimonio, como en el tema presente sobre el Anuncio, podemos señalar algunos presupuestos y características que despejan el camino para el primer anuncio de Cristo Salvador.

– **El anuncio nos sobrepasa.** Entre los presupuestos necesarios, éste habría que colocarlo en primer lugar. Aquello que anunciamos no lo poseemos, nos trasciende. No son verdades humanas. Dios actúa a través de nosotros. Su Espíritu habla por noso-

tros. Es impresionante. No somos nosotros los protagonistas del anuncio, sino Jesucristo y su Espíritu. “No vamos traficando con el mensaje de Dios, como hace la mayoría, sino que hablamos conscientes de nuestra sinceridad, conscientes de que lo hacemos de parte de Dios, bajo su mirada, movidos por Cristo” (2 Co 2,17). No es de extrañar que Pablo, como a menudo nos puede pasar a nosotros, antes de predicar sintiera una sensación de impotencia y temblara de miedo (cf. 1 Co 2,3). Nos damos cuenta de nuestra debilidad, de que llevamos “un tesoro en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros” (1 Co 4,7). De ahí brota, al mismo tiempo, nuestra paz y serenidad interior.

– **Una experiencia personal de amor y de encuentro.** El Evangelio nos presenta una y otra vez a hombres y mujeres que, por el hecho de acercarse a Jesús, sienten en sus vidas una transformación radical. No es posible acercarse a Jesús sin sentir un estremecimiento, sin temblar de amor, incluso corporalmente, ante tan apasionante y gozosa experiencia de ser amado por Él. Las personas que tienen un encuentro hondo con Jesús se sumergen en el profundo océano del Dios-Amor. Su vida se transforma, sus horizontes se ensanchan. Pueden llegar a decir, como San Pablo: “Para mí vivir es Cristo” (Flp. 1, 21), y “cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús mi Señor” (Flp 3,8). ¿Es así nuestra experiencia? La base de nuestra fe no son “creencias”, sino una vivencia personal, profunda e intensa de relación con Dios. Quien ha vivido esta experiencia no puede dejar de anunciarla. Le brota del corazón y se expresa por sus labios.

– **Estamos anunciando una realidad histórica escandalosa.** Jesús de Nazaret es un personaje histórico que “pasó haciendo el bien”, pero también escandalizó, se enfrentó a las autoridades, fue detenido, torturado y ejecutado como un malhechor; abandonado por todos, incluso por sus discípulos. Por tanto, la experiencia de relación profunda con Él no es sólo una “gozada”; es también un desafío constante: “Nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura” (1 Co 1,23). Contemplar a Jesús en la cruz es sobrecogedor. Sin embargo, es allí donde se

manifiesta la grandeza del amor de Dios, un amor llevado “hasta el extremo” (Jn. 13,1). “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn. 15,13). Este amor sin límites se ofrece a todo hombre que lo quiera acoger. Nuestro anuncio “tiene por objeto a Cristo crucificado, muerto y resucitado” (RM 44).

– **Sabemos que se trata de una experiencia comunitaria.** Dios nos ha dado el don de la fe en el seno de una comunidad eclesial, y el anuncio ha de hacerse en comunión con toda la comunidad eclesial. Anunciamos el gozo de una experiencia personal del amor de Dios y del encuentro con Jesús crucificado, muerto y resucitado. Pero no anunciamos sólo una experiencia personal, sino una experiencia por la que han pasado millones de seguidores de Jesús a lo largo de la historia. Una experiencia vivida en comunidad y validada por la comunidad. Como dice Juan Pablo II: “Al hacerse en unión con toda la comunidad eclesial, el anuncio nunca es un hecho personal. El misionero está presente y actúa en virtud de un mandato recibido y, aunque se encuentre solo, está unido por vínculos invisibles, pero profundos, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Los oyentes, pronto o más tarde, vislumbran a través de él la comunidad que lo ha enviado y lo sostiene” (RM 45).

– **La responsabilidad de hacer el Anuncio con tacto.** Anunciar a Cristo es una exigencia de todo bautizado, que brota naturalmente de nuestra propia experiencia religiosa. Cada vez es más frecuente que los cristianos nos encontremos con personas y ambientes que no conocen a Jesús. ¿Cómo proceder? ¿Cómo anunciar a Cristo a quien no lo conoce? Tres consideraciones: 1.^a) “De la abundancia del corazón habla la boca”. El anuncio ha de brotar de un corazón rebosante. 2.^a) Coherencia. Recuérdese el tema anterior: nuestra vida ha de ser acorde con lo que anunciamos. 3.^a) Hacerlo con tacto. Ahí sí entra de lleno el talante de diálogo tal como aparece formulado en la carta *Ecclesiam suam* de Pablo VI (cf. ES 39-61). La fe se propone, no se impone. Como dice Pablo a los Colosenses: “Con los no cristianos proceded con tacto, aprovechando las ocasiones; vuestra conversación sea siempre agradable, con su pizca de sal, sabiendo cómo tratar a cada uno” (Col 4,5-6).

Para la reflexión personal

- 1 Las dificultades para anunciar a Cristo hoy, ¿no pueden provenir tal vez de una falta de experiencia personal de su amor? ¿Se nota en mí la alegría de esta experiencia de Dios? ¿Acaso no predominan demasiado entre nosotros y en nuestras comunidades, incluidas las de personas consagradas, las caras tristes?
- 2 ¿Me estremece contemplar a Jesús crucificado? ¿Soy consciente del escándalo y necesidad que representa el anuncio de Jesús para muchas personas? ¿Llegamos a penetrar en la experiencia histórica que vivieron los contemporáneos de Jesús? ¿Entendemos su odio y que clamaran a gritos pidiendo su muerte?
- 3 ¿Soy consciente de cómo ha llegado hasta mí el anuncio cristiano? ¿Me siento parte de la comunidad eclesial, de la comunidad de los que siguen a Jesús de Nazaret? ¿O soy de los que anuncian a un Jesús al margen de su Iglesia?
- 4 ¿Me he encontrado con personas que no conocen a Jesús o con ambientes en los que es rechazado? ¿Cuál ha sido mi reacción? ¿Cómo crees que habría que anunciar a Cristo hoy? ¿Cómo lo puedes concretar tú?

Para el trabajo en grupos

Lectura de: *Evangelii nuntiandi* 6-16; *Redemptoris missio* 4-11; *Novo millennio ineunte* cap. II; CEC (1992) 422-679; “Dominus Jesus” (6-8-2000).

- Leer atentamente algunos de los textos señalados para la reunión.
- Comenzar con una breve oración.
- Si se ve conveniente, leer de nuevo el texto o partes señaladas del mismo.
- Cada uno de los miembros del grupo comunica, con brevedad y sencillez, los sentimientos y reflexiones que la lectura y la oración han suscitado en su corazón. No se discute. Cada uno debe escuchar sabiendo que a veces el Espíritu nos habla a través de nuestros hermanos.
- Tener en cuenta: *a)* la atención a la palabra de Dios; *b)* la atención a la vida concreta; *c)* la atención al campo de acción de cada uno; y *d)* la comunicación fraterna.

TESTIMONIO



ABIERTO A LA VERDAD

El Mahatma Gandhi fue un gran admirador de Jesús. Quedó profundamente afectado por los criterios del Sermón del Monte, que puso heroicamente en práctica durante su vida. Aunque, según propia confesión, no aceptaba a Jesús como Hijo de Dios y no pretendió ser un cristiano bautizado.

En cierta ocasión, su gran amigo y admirador, el protestante Reverendo Stanley Jones, le escribió al Mahatma la siguiente carta:

“Sabe usted muy bien lo que le aprecio a usted y a su campaña de la no-violencia. Creo que usted ha captado el sentido de la fe cristiana, pero me temo... que ha captado sus principios, pero no a la persona. Usted dijo a los misioneros, en Calcuta, que no acudía al Sermón del Monte en busca de consuelo, sino al Bhagavad Gita. Tampoco yo acudo, en busca de consuelo, al Sermón del Monte, sino a la persona que encarna e ilustra el Sermón del Monte; porque él es

mucho más. Creo que aquí está la parte más débil de su comprensión. Yo le sugeriría que, a través de los principios, penetrara usted en la persona y volviera después a decirnos qué es lo que había encontrado”.

Gandhi le respondió inmediatamente: *“Estimo de veras el aprecio que subyace en su carta y su amable preocupación por mi bien, pero mi dificultad viene de lejos. Antes de ahora, otros amigos míos ya me habían sugerido lo mismo. Sé que no me basta captarlo con el entendimiento; es preciso que se vea afectado el corazón. Saulo se convirtió en Pablo, no por un esfuerzo de su entendimiento, sino por algo que tocó su corazón. Lo **único** que puedo decirle es que **mi** corazón está totalmente abierto; quiero hallar la verdad, ver a Dios cara a cara”.*

HEDWIG LEWIS, S.J.

En casa con Dios, Mensajero, 1996, p. 253

ORACIÓN

*Cristo, Tú eres el único Salvador,
sin ti nada podemos hacer.*

*Donde Tú no estás, hay oscuridad;
Tú eres la luz del mundo.*

*Donde Tú no estás,
hay confusión, odio, pecado;*

Tú eres la Vida,

Tú eres el Maestro.

El Amigo.

Tú eres el Buen Pastor.

El fundamento de la paz.

Tú eres la esperanza del mundo.

*Tú has de ser nuestro modelo,
nuestro ideal y nuestra fuerza.*

(Cardenal Montini, 31-5-1962)